# LOS DISCURSOS DE *ODIO* EN NUESTRA *Alma Mater*



La universidad es, antes que nada, un escenario donde la palabra se erige como núcleo y fundamento. Es un lugar que evoca y tramita mediante el lenguaje todo aquello que habita, divide y constituye; sin embargo, también es un espacio donde retornan viejos fantasmas de la historia bajo nuevas máscaras. Entre ellos, el odio.

El odio no nace en las plazas públicas o en los muros donde se escriben las injurias, tampoco nace en debates políticos o disputas ideológicas. Su origen es más antiguo: habita en nosotros desde los más remotos escenarios de la existencia humana.

Desde el nacimiento, el ser humano ha de enfrentarse a la presencia inevitable del otro, ese otro que aparece inicialmente donde se aloja el primer gran sujeto de amor: la madre; donde la irrupción de un hermano, de un semejante, de cualquiera que, intruso, participe de ese amor exclusivo, fundamenta una experiencia de rivalidad. Así, el otro deviene desde un inicio como displacentero, competidor y obstáculo.

El odio no es una sustancia natural que habita al ser humano, es una pasión que se historiza, constituyéndose entre identificaciones, pérdidas, frustraciones y deseos que acompañan a cada sujeto hasta su muerte. Por esto, no odiamos al otro por aquello que dice ser; el judío, el comunista, el conservador, el extranjero, el hereje, el diferente, sino que funcionan como pantallas que soportan las proyecciones de lo insoportable en nosotros mismos. En otras palabras, aquello que no reconocemos en nuestro interior, busca expulsarse hacia un objeto externo.



En este sentido, el odio implica una forma de desconocimiento de sí, pues implica la dificultad de asumir los propios fantasmas, la imposibilidad de reconciliarse con aquello que parece extraño al ideal de uno mismo, la resistencia a aceptar nuestra propia imagen, lo inaceptable de reconocerse por primera vez frente a un espejo; comprendiendo que lo más siniestro no es lo ajeno, sino aquello que, siendo propio, retorna bajo la apariencia de lo extranjero. Recordándonos que toda diferencia confronta al sujeto con la falta que lo constituye, toda alteridad señala una herida narcisista, todo otro, recuerda nuestra propia incompletud.

Cuando el trabajo simbólico fracasa y la palabra no logra alojar aquello que angustia, emerge la agresión y la injuria. Lo que no pudo ser dicho se inscribe sobre los cuerpos, en los muros y en las instituciones; el lenguaje, siendo función creadora, deviene como instrumento de destrucción, las palabras se proyectan como insulto y se vacían de poesía. El odio se legitima entre discursos haciendo del otro una fantasía sádica sobre el cual depositar lo insoportable de sí mismo, y cuando esto ocurre, la agresividad deja de ser experiencia íntima para hacerse lazo social, encontrando enemigos comunes, figuras sacrificiales hechas responsables imaginarios de sus propios malestares. La historia nos demuestra que pocas pasiones resultan tan eficaces para cohesionar un colectivo como el odio compartido.

A lo largo de la historia, se ha presentado el odio de diversas maneras, siendo una de las más comunes, el odio a lo femenino.
Durante siglos, innumerables mujeres fueron perseguidas por encarnar formas de saber y prácticas ajenas a los discursos dominantes. Entre ellas se encontraban curanderas, herbolarias, parteras, investigadoras de los misterios del cuerpo y de la naturaleza que fueron convertidas en amenazas; silenciadas,

ridiculizadas y alejadas de toda educación, formación y opinión pública. La influencia del Malleus Maleficarum fue uno de los dispositivos simbólicos más eficaces para legitimar la violencia contra la mujer cuyo conocimiento perturbaba lo establecido.
El orégano, la manzanilla, el llantén y tantas otras plantas que guardaban secretos transmitidos por generaciones, fueron usados para acusar de blasfemia, herejía o pacto demoníaco a quienes lo transmitían. Donde existía una investigación, una observación y una experiencia empírica, muchos solo pudieron ver peligro, revelando algo más profundo que el conflicto religioso dispuesto en el infame “Martillo de las Brujas”, en realidad se despertaba un temor inconsciente frente a un saber que no se podía controlar, angustia por aquello que escapaba a la autoridad, y, en última instancia, un miedo profundo a la diferencia.

Por esto, Hipatia de Alejandría todavía persiste como herida abierta en la memoria occidental. Hipatia no fue quemada ni lapidada, su cuerpo fue despojado de toda dignidad, despedazado y exhibido como escarnio público. Esta violencia desmedida no buscaba únicamente eliminar una vida, sino destruir el símbolo que representaba: una mujer cuya inteligencia desafiaba el orden de su tiempo.



En este sentido, su muerte fue expresión de un odio dirigido contra aquello que, inconscientemente también despierta admiración, deseo y fascinación. Con esto, comprendemos que lo odiado no es indiferente, por el contrario, representa un lugar central en la economía afectiva de quien odia. Quizá por eso la sabiduría femenina ha perturbado a las diferentes posiciones históricas del poder, porque confronta al sujeto con sus límites, porque recuerda que el conocimiento no pertenece a un sexo, desmontando la ilusión de superioridad que algunos necesitan para sostener su identidad.

De esta manera, sería ingenuo pensar que estas representaciones históricas de violencia han desaparecido por completo. Los discursos cambian, las instituciones se transforman y las leyes avanzan, pero ciertos imaginarios persisten bajo formas más sutiles. Allí donde una mujer ocupa lugares de autoridad, conocimiento o representación pública, suelen reaparecer viejos malestares vinculados al poder, al género y a la diferencia.

Las universidades no se excluyen de estos procesos.

Hoy, ya no se presentan las hogueras ni los tribunales inquisitoriales, pero sobreviven modalidades más sutiles de exclusión, humillación y violencia simbólica. La destrucción del otro ya no pasa necesariamente por el exterminio corporal, pero persiste mediante la injuria, la difamación, el desprecio y la degradación.

De ahí la necesidad de interrogar los discursos de odio que circulan en nuestra alma mater. No porque una universidad deba estar libre de conflicto, puesto que este hace parte de la vida democrática, sino porque se debe establecer la diferencia entre diversidad y degradación, entre crítica y agresión, entre debate y producción sistemática de odio. Porque cuando las descalificaciones dirigidas a una mujer que ocupa un lugar de autoridad exceden los límites de la discusión racional y adquieren la forma persistente de injuria, resulta legítimo preguntarse por los fantasmas colectivos y milenarios de violencia y odio que siguen estando en la escena académica. No se trata de afirmar que toda crítica dirigida a una mujer sea necesariamente misógina; se trata de interrogar aquellos momentos en los que la crítica abandona el terreno de las ideas para dirigirse sistemáticamente contra aquello que la mujer representa como mujer. Entonces, la pregunta deja de ser política para convertirse también en una cuestión subjetiva:

¿Qué es aquello que se rechaza? ¿Qué es lo que resulta insoportable? ¿Qué amenaza representa una mujer cuando ocupa un lugar históricamente reservado para los hombres? ¿Qué heridas narcisistas se movilizan cuando la autoridad adopta un rostro femenino?



Tal vez allí el odio encuentra una de sus raíces profundas, la dificultad para aceptar la diferencia, esa imposibilidad de reconocer que la existencia humana se funda sobre la alteridad, la resistencia de admitir que nadie posee el monopolio del

Porque no es casual que llamemos alma mater a la universidad. Antes de toda institución existió otra alma mater: el cuerpo de una mujer que nos alojó antes de nacer; antes de cualquier discurso académico existió una voz que nos nombró; antes de cualquier teoría existieron palabras y cuerpos que nos recibieron y cuidaron en el mundo. Todos hemos sido introducidos en el lenguaje a través de una mediación femenina.

Recordarlo no implica idealizar a la mujer o a la universidad, ni convertirlas en figuras sagradas, implica reconocer una deuda simbólica fundamental con aquello que hizo posible nuestra entrada en la cultura. Quizás por eso la tarea universitaria no consiste en eliminar el odio, pues forma parte de la condición humana. La tarea consiste en transformarlo, en hacer que la pulsión destructiva encuentre destinos más nobles, convertir la agresividad en pensamiento, la rivalidad en diálogo y la diferencia en creación.

De ahí que este texto proponga el sueño de una universidad donde el desacuerdo no desemboque en la aniquilación del otro, una universidad capaz de alojar la pluralidad de voces sin exigir uniformidad, un lugar donde las palabras recuperen su potencia poética y dejen de funcionar como arma.

Tal vez entonces la universidad pueda parecerse a aquel banquete imaginado por Platón: una mesa compartida donde la diferencia no sea motivo de expulsión sino condición para la conversación; donde lo femenino y lo masculino, lejos de buscar anularse mutuamente, puedan reconocerse como interlocutores de una misma aventura humana. Solo así podremos abandonar los espejos narcisistas donde cada sujeto busca contemplarse como único y absoluto, y la diferencia dejará de ser una amenaza para convertirse en una posibilidad de encuentro.

"Que nuestras palabras, lejos de ser muros que dividen, se conviertan en puentes que nos permitan habitar esta alma mater desde el respeto, la escucha y el reconocimiento del otro como parte esencial de nuestra propia aventura humana."



AUTOR
GERMÁN BENAVIDES PONCE